

Acercas de la historia militar inca

Waldemar Espinoza

La historia de la civilización de los incas ha demostrado ser una de las materias más atrayentes para los científicos sociales y estudiosos en general, del Perú y de todas las partes del mundo, y desde el mismo siglo XVI en que los españoles la intervinieron y desestructuraron. Han transcurrido cuatrocientos cincuenta años y los hechos evidencian y persuaden de que dicha situación proseguirá igual por muchísimas décadas más.

Los fundamentos que preservan la inalterabilidad de este extraordinario interés han sido y son sus estructuras y supraestructuras económicas, sociales, políticas, jurídicas e ideológicas, que hicieron posible el surgimiento y funcionamiento de un imponente aparato estatal de tipo imperial, pero sin descomponer ni exterminar a miles de comunidades aldeanas, llamadas *ayllus*, cuya propiedad colectiva de sus tierras y ayuda recíproca persistieron controladas, dirigidas y protegidas por una minoría de príncipes residentes en el Cusco, quienes, al mismo tiempo que les exigían la entrega de plus trabajo para la producción de excedentes que necesitaban

para atender a la clase dirigente y a los servidores del Estado, en todo instante cuidaban y vigilaban solícitos para que esas masas de trabajadores o comuneros aldeanos, nombrados *mitarunas*, tuvieran lo suficiente para satisfacer sus necesidades vitales: alimentación, vestido, vivienda, sexo.

El indesmayable pasmo por lo inca ha dado como fruto miles de publicaciones en los países andinos (Perú, Ecuador y Bolivia) y en otros del mundo, unas veces en forma de artículos y en otras en formato de folletos y libros, que colman los estantes de algunas célebres bibliotecas que han tenido la tenacidad y la ventura de coleccionarlas. Los períodos y etapas anteriores y ulteriores a la vida y obra de los incas no han merecido en la historiografía peruana tanta dedicación como la de éstos. Como ya lo expresamos, ello deriva de la fama alcanzada por ésta, a la que algunos, febrilmente pensamos nosotros, han pretendido caracterizarla como *socialista*, teoría en la que figuran defensores tan apasionados como fray Bartolomé de Las Casas (1560?), el inca Garcilaso de la Vega (1609), Louis Baudin (1928) y Luis

E. Valcárcel (1943/1949). Pero hay otros que propugnan lo contrario, tipificándola como *esclavista*: Carlos Núñez Anavitarte (1951/1965), Emilio Choy Ma (1958), Luis G. Lumbreras (1972) y Julio César Valdivia (1976). O como *feudaltemprano*: Arturo Urquide (1966) y Héctor Salazar Zapatero (1977). O también como perteneciente a las sociedades de tipo asiático: Alfredo Métraux (1961), Sergio de Santis (1967), Mercedes Olivera y Salomón Nahmad (1970), Maurice Godelier (1971/1973) e incluso el autor de este comentario (1976/1977). Sin faltar, por cierto, quienes ven en la sociedad andina de los siglos XV y XVI un caso sui géneris de la historia universal, por lo que la han bautizado con el nombre de *modo de producción inca* (Virgilio Roel: 1971).

Es un debate que prosigue y demasiado complicado para que concluya pronto. Esta realidad indica que, no obstante, los miles de trabajos editados sobre las más diversas materias referentes a las formaciones económico-sociales andinas, es imposible todavía captar la visión integral y profunda de la historia del Perú de la era de los incas.

Uno de los factores que determinan la situación referida tal vez esté dado por las fuentes suministradoras de información que desde la décimo octava centuria siempre han sido las mismas: las *crónicas y relaciones* de los siglos XVI y XVII, que, en términos globales, comunican la versión hegemónica y oficial de la historia imperial inca, forjada por los príncipes del Cusco, que constituían

por entonces la vigorosa e invencible clase dominante en el mundo andino. Faltaban, pues, las fuentes regionales, las transmitidas por los curacas y otras personas pertenecientes a las naciones, tribus y ayllus conquistados por los conspicuos señores del Cusco, las cuales recién a partir de 1958 se han comenzado a descubrir y publicar en el Perú, Ecuador y Bolivia, con los consiguientes resultados que comprometen a una revisión casi total de la historia de la era inca.

Claro, las explicaciones que propalaban los grupos aristocráticos de procedencia cusqueña, tenían obligatoriamente que diferir de las ofrecidas por las mayorías dependientes de la supremacía imperial. Son evaluaciones y puntos de vista divergentes, muchas veces en sumo grado, ante los cuales el científico social plenamente formado, sólo podría arribar a conclusiones valederas después de analizar con frialdad las apreciaciones de ambos. Y a ello hay que añadir los aportes de la lingüística, etnología y arqueología. No hay otra vía que permita construir un libro de historia crítica. La historia genuina y fidedigna tiene forzosamente que ser redactada a base de las fuentes *públicas* y *no públicas*; tiene que ser fundamentada en los documentos dejados por los que gobiernan y por los que son gobernados. Y acerca de los incas, es dable hoy, felizmente, tener acceso a las dos versiones.

Entre las más recientes y grandes contribuciones históricas, tenemos por ejemplo las *informaciones* de los curacas y quipucamayos huancas

(1558/1560/1561), las *Visitas* de Iñigo Ortiz de Zúñiga (1562), la *Vi-sita* de Garci Diez de San Miguel (1567), los *Memoriales* de los señores étnicos de Chachapoyas (1572-1574) y decenas de documentos más. Las *Informaciones* de los curacas y quipucamayos huancas, *vr.g.* han permitido clarificar la posición que adoptaron algunas naciones andinas intervenidas por el Cusco, en cuyos habitantes veían a una nobleza que se imponía avasalladoramente a base de los excedentes generados por el plus trabajo de los pueblos conquistados, lo que a su vez produjo una insatisfacción que hizo crisis en los primeros años de la invasión española, a quienes se plegaron para destruir la autoridad de los príncipes del Cusco. Estamos, en consecuencia, en pleno redescubrimiento de nuestros antecedentes, de nuestros antepasados, de nuestra historia andina.

Las nuevas revelaciones documentales, compelen a profundizar la investigación histórica en casi todos sus frentes, esencialmente en lo que respecta a sus estructuras económico-sociales y a sus supraestructuras, es decir a sus instituciones. Cuando esto se lleve a efecto, se estará en condiciones de decir cuáles han sido sus aportes a la civilización universal y cuáles sus elementos tipificadores y característicos, de acuerdo a las categorías de los modos de producción. Entre otros aspectos, por ejemplo, falta trazar el mapa exacto de las divisiones políticas, eclesiásticas y militares del Tahuantinsuyu, igualmente el itinerario preciso de sus memora-

bles caminos y ubicación fija de todas las fortalezas que, se sostiene, sumaban cientos. Son vacíos susceptibles de ser satisfechos gracias a la nueva documentación.

Entre otras, por ejemplo, hay una pregunta que continúa vigente: ¿Hubo en realidad ejército, como institución formalizada y permanente, en el imperio de los Incas? ¿O fueron sólo una muchedumbre de guerreros eventuales, tipo reclutas, integrados por campesinos y artesanos que cumplían su servicio militar por tandas, para luego reintegrarse a sus comunidades agrarias una vez de finalizados sus turnos en las campañas y maniobras castrenses?

Pues bien. Los amautas del Chinchaysuyu atribuían los inicios del ejército andino a la época de los *Purunruna*, edad en la que se constituyeron los primeros Estados y en que se configuraron las fronteras entre ellos para regular la posesión de las tierras, aguas, pastos y montes. El *Purunruna*, sobre el que habla copiosamente Guamán Poma de Ayala (1615), es lo que arqueológicamente coincide con las denominadas *Culturas Clásicas* del Perú, que crearon los primeros Estados militaristas en nuestra historia, aproximadamente entre los años 300 a. C. al 600 d. C.: Vicús, Moche, Caxamarca, Recuay, Lima, Nasca, Huarpa, etc., y también con el bien llamado *Imperio Huari* (600 d. C. — 1200 d. C.); militarismo que se fue intensificando en las épocas posteriores del *Aucaruna e Incaruna*. Las pruebas arqueológicas, en efecto, constatan que la gran producción de armamento data de los tiempos de

Moche en adelante. No cabe ya duda que sobre estos precedentes se fundamentó el imperio guerrero de los incas.

Pero en las formaciones económico-sociales andinas se presentó la inusitada singularidad, como en todas las sociedades de su misma estructura, de que la gente se escindió en clases y creó el Estado con todos sus instrumentos de vigilancia y coerción, sin la necesidad previa del surgimiento de la propiedad privada de la tierra.

Pero si bien en lo que atañe a Moche, Caxamarca, Recuay, Lima, Nasca, Huarpa, Huari, Chimor y otros es difícil decir con exactitud lo que aconteció, por falta de fuentes escritas, en lo que respecta al Tahuantinsuyu, en cambio, la documentación existente, permite deducir que los efectivos militares incaicos estaban integrados por dos planas: la mayor y la subordinada. La primera, conformada por la más rancia aristocracia cusqueña, constituía el alto comando, permanente y profesional, con guerreros de diferentes jerarquías y grados. Mientras el otro, compuesto por *runas* de 18 a 50 años de edad, integraban el cuerpo eventual, al que ingresaban por turno la casi totalidad de hombres físicamente aptos; de manera que al nivel de la tropa se percibía una movilidad intensiva, porque en el entretanto que unos eran enrolados otros eran licenciados retornando a sus ayllus o comunidades aldeanas. En esa forma casi todos permanecían expeditos para cualquier movilización y/o llamamiento. Esta era, precisamente,

la meta del sistema militar incaico.

Y lo sorprendente de este método, que por cierto no es insólito en el mundo, es que quienes cumplían su mita guerrera no eran eximidos de otras tareas en utilidad del Estado, porque terminado el servicio anterior, los constreñían a concurrir, siempre por turnos, a otras actividades o mitas debidamente retribuidas: agrícolas, ganaderas, textiles, ceramistas, artesanales, mineras, etc. En aquella forma toda la población, masculina preferencialmente, participaba en la producción de rentas para este imperio controlado por los señores y príncipes del Cusco. Es que las estructuras entonces imperantes favorecían lo antedicho; en otros sistemas hubiera sido imposible el funcionamiento de tales mecanismos.

Otra característica del sistema inca fue el de incorporar a sus efectivos militares, invariablemente mediante mitas, a los guerreros de las naciones que iba conquistando y agregando a sus dominios. El caso mejor conocido es el de los guerreros chancas, quienes tuvieron una actuación descollante en la anexión de los reinos del Chinchaysuyu, desde Tanguigua hasta Huaylas; y también el de los guayacondos, que se lucieron en la victoria sobre los cañares y los quiteños.

Pero ¿cómo fue posible esto? ¿Cómo es que lograron conformar un ejército, cuyos efectivos eran guerreros pertenecientes a distintas nacionalidades, naciones que, incluso, habían sido enemigas del Cusco antes de la emergencia de los incas? Es un tema para investigar.

Pero se puede adelantar algo. Quizá porque los mitayos de cada nación conquistada conformaban una compañía, cuya preocupación era rivalizar con las acciones de las otras de igual conformación. Así debió ser, tal vez, como el Estado obtenía provecho de todos. Los incas, además, reconocieron plenamente la existencia de las nacionalidades andinas, sin presiones contra sus idiomas, religiones y costumbres restantes. Los emperadores del Cusco en ningún momento meditaron en la vigencia de una sola *nación andina o tahuantinsuyana*. Por eso la correcta terminología para definir al Estado creado y dirigido por la aristocracia del Cusco debe ser el de: *Tahuantinsuyu, un imperio multinacional*.

El ejército permanente era pequeño: los estables eran los del alto comando, las guarniciones de mitmas y de frontera, exprofesamente señalados para cumplir esos operativos, y ciertas naciones que alcanzaron aquel status: Charcas, Caracaras, Chuyes y Chichas (Ayaviri y Velasco, 1582). En lo demás, la tropa era una multitud flotante que acudía siempre y únicamente cuando se producían llamamientos y movilizaciones. En el Cusco, la guardia personal de los incas, también era profesional: Charcas, Caracaras, Chuyes y Chichas durante el reinado de Túpac Inca Yupanqui; cañares, chachas y Cayambes durante el gobierno de Huayna Cápac; y huancas durante el mandato de Huáscar. Así lo evidencia el notable *Memorial* suscrito por don Fernando de Ayaviri y Velasco (1582), curaca y señor del reino de

Charcas, descubierto y publicado en 1969.

En consecuencia, sí podemos hablar de un ejército permanente como institución, no obstante de que los soldados de la plana baja se alternaban con frecuencia entre las faenas agropecuarias y las armas. En la historia incaica propiamente dicha, por lo que expresa Juan Diez de Betanzos (1551), parece que Lloque Yupanqui fue el primer *curaca o rey* cusqueño que organizó una hueste de este tipo, constituyendo ya una pequeña tropa disciplinada y bien armada (Sarmiento de Gamboa, 1572: XXVI. Cabello Balboa, 1586: XII), que actuaban con criterio táctico, como lo patentizaron en su lucha contra los alcahuizas, que marca el inicio de los éxitos esplendorosos de los guerreros del Cusco, por cuanto los mencionados alcahuizas fueron derrocados definitivamente, lo que fue motivo, a su vez, para que el diminuto curacazgo o reino del Cusco quedara afianzado en esa zona. De entonces para adelante el poderío de los cusqueños se fue acrecentando, hasta alcanzar contornos espectaculares con Pachacutec Inca Yupanqui, auténtico fundador del imperio del Tahuantinsuyu, y, por lo tanto, el primer emperador de la dinastía inca, con quien se plasmó el Estado universal andino a mediados del siglo XV de nuestra era. Gracias a su estrategia, los cusqueños pudieron aniquilar al imperio Chanca en 1438 aproximadamente, año que marca la inauguración del *Imperio Inca* (Cabello Balboa, 1586).

Desde entonces el *inca* o rey del Cusco se convirtió en el *zapainca* del

Estado imperial, es decir, en el rey de reyes, en el señor de señores, o mejor dicho en el único gran emperador o gran soberano del mundo andino, destino que les duró hasta 1532 solamente, o sea noventa y cuatro años apenas, lapso máximo de duración del fabuloso imperio del Tahuantinsuyu.

La mujer andina, igualmente, fue comprendida en estas actividades guerreras. Eran incluidas en el sector servicios, haciéndolas participar en las marchas, perennemente a retaguardia, para cumplir tareas en provecho de la tropa. Lo que aún no está dilucidado es el grado de parentesco y/o amistad de estas mujeres con los soldados. ¿Eran sus esposas, sus hijas, sus amantes? ¿O constituían una muchedumbre de *hetairas* adiestradas y mantenidas por el Estado para cumplir funciones específicas? Es otro punto por investigar. Pero lo que sí se sabe es que sumaban miles; sólo en el campamento cajamarquino de Atahualpa ascendían esas mujeres a más de cinco mil (Zárate, 1555), y en el ejército de Quisquis a cuatro mil (Cieza de León, 1554: XII).

La disciplina se la conseguía colocando a los efectivos bajo la jefatura de la encumbrada aristocracia cusqueña. Así era como éstos lograban imponerse ventajosamente, mientras la plana subalterna únicamente acataba lo que se le ordenaba, por cuanto así lo preceptuaba la subordinación. Pero el alto comando, totalmente en manos de los más enaltecidos príncipes del Cusco, era alcanzado solamente por sujetos que

demostraban condiciones físicas y mentales de carácter excepcional, lo que les era fácil manifestarlo durante los *ritos de pasaje* o de *iniciación*, llamados aquí *huarachico*, que eran un conjunto de actos mágicos y guerreros exclusivos de la nobleza incaica, para hacer exhibición de su animosidad, intrepidez, inteligencia y fortaleza corporal. Se dio el caso, sin embargo, de que en ciertas oportunidades algunos *yanaconas* (o sirvientes íntimos y de absoluta confianza del grupo gobernante) fueron designados para cumplir altas posiciones castrenses y administrativas, por razones políticas y de seguridad del Estado (*Memoriales de los señores étnicos de Chachapoyas*, 1572-1574).

En esta sociedad, además, los príncipes del Cusco eran simultáneamente jefes guerreros y jefes civiles, llegando a ello, en ambas situaciones, en mérito a su sabiduría y sobresalientes actitudes. La misión a la que se sentía predestinada la aristocracia cusqueña era, pues, la dirección de la guerra y el gobierno de la humanidad. El dominio civil y militar marchaban al unísono, en poder de la misma clase y de las mismas personas.

A esta gente, la guerra les daba gloria y reputación, hechos que lo demostraban ostentando las lenguas, orejas, dientes y cráneos de sus enemigos que mataban. Por eso la lucha caballeresca era la que se llevaba a efecto cuerpo a cuerpo; motivo por el cual los arcos y las flechas perdieron su importancia durante los huas, yaros e incas, porque su empleo a

la distancia implicaba menos riesgo y, por consiguiente, el desvanecimiento del rango, del honor y de la fama guerrera. Pelear separados por grandes intervalos no daba categoría a ningún guerrero andino. Eran, pues, hombres que sabían vivir y morir sin medrosidad; ambos accidentes eran aceptados como los acontecimientos más naturales del mundo.

Como el servicio militar era obligatorio y para la mayoría de los varones con aptitudes físicas adecuadas, ello implicó que los ejercicios y entrenamientos no fueran restringidos, ni en cuarteles, sino periódicos y en el interior de los propios ayllus de las naciones que conformaban el Estado imperial. Se les preparaba intensamente para la guerra defensiva y ofensiva; pero dicho entrenamiento también entrañaba conocer las tácticas para lanzarse contra el mismo grupo de gobierno cusqueño en cualquier coyuntura apropiada, como sucedió con los huancas, chachas, cañares, huaylas, etc. durante la invasión española, con quienes se confederaron para destruir el imperio de los incas cusqueños.

Acabamos de expresar que el servicio militar obligaba a la mayoría de los hombres física y mentalmente hábiles para ello. Y esto es cabalmente un descubrimiento histórico de los últimos años; ya que con anterioridad a 1964 se pensaba que dicho servicio era universal en el espacio andino. La *Visita de Caxamarca* de Cristóbal de Barrientos (1540) y la *Visita de Huaura* de Jerónimo de Aliaga (1549), en cambio, aclaran en forma incontestable que

no todos quedaron compelidos a la aludida mita militar.

Las fortalezas y *llactas* fortificadas, tan abundantes en el perímetro andino, desde el punto de vista arqueológico pertenecen en su mayoría a la época de los Estados regionales y a la subsiguiente: el imperio Inca. Pero en su construcción y funcionamiento hubo, asimismo, otra peculiaridad: fueron edificadas por toda la colectividad, mediante mitas, por lo que necesariamente servían de refugio a toda la colectividad igualmente en circunstancias cruciales, como sucedió con Cuelap, Machupicchu y otras.

Como se ve, lo incuestionable es que sin guerreros los incas no hubieran podido construir un Estado imperial, con territorios tan extensos y con aproximadamente 12'000.000 de habitantes, porque ineludiblemente tuvo que ser conformado y conservado a base de conquistas y represiones permanentes, en la forma que ha quedado descrita en las *Informaciones* del virrey Francisco de Toledo (1570-1572) y en la crónica épica de Pedro Sarmiento de Gamboa (1572), sin duda, esta última, la primera historia militar de la combativa aristocracia guerrera del Cusco. Pero información estupenda y complementaria también ofrecen Cieza de León (1554), Cabello Balboa (1586), Garcilaso de la Vega (1609), Guamán Poma de Ayala (1615), Martín de Murúa (1616) y Bernabé Cobo (1653). Guamán Poma proporciona, incluso, los retratos de varios guerreros renombrados del imperio Inca y dibujos de

algunas escenas castrenses, tácticas y coercitivas.

Sarmiento de Gamboa, efectivamente, escribió la primera historia militar del Perú, es decir el proceso que determinó la configuración y desarrollo del Estado Inca a base de conquistas, invasiones y batallas. Pero fue una historia aderezada a base de los criterios europeos del renacimiento y de una serie de conveniencias políticas que embargaban hondamente al Estado español de la época de Felipe II, para justificar su intervención armada y colonialista en el continente americano y muy especialmente en el país de los incas. De ahí que el empeño de Sarmiento de Gamboa fuera relatar únicamente la formación rápida y violenta del Tahuantinsuyu a base de asolamientos, masacres y torturas, ya que así los conquistadores hispanos pensaban quedar redimidos por haber liberado a los pueblos, según aducían, "dominados y despojados por los *tiranos* e arbitrarios incas del Cusco". Sarmiento de Gamboa, en realidad, poco mixtificó y magnificó. Simplemente, por las razones referidas, dio exclusiva importancia a los aspectos guerreros y bélicos, dejando en el olvido, de acuerdo a sus intereses, los asuntos económicos, sociales, políticos, religiosos, culturales, científicos y filosóficos, mientras Garcilaso de la Vega se afanaría por hacer lo contrario.

Entonces cabe que nos preguntemos: ¿en qué se apoyó el triunfo vertiginoso de los incas, para que en un plazo de una o dos décadas, a partir de 1438 (\pm) pudieran fundar un Es-

tado imperial de dimensiones colosales? Hubo varios, y entre ellos, en primer lugar, ya lo hemos dicho, fue el funcionamiento de la mita militar. Pero a ella hay que adicionar otras estrategias fundamentales, como aquella que consistía en no alterar prácticamente en nada el sector económico, social y religioso de los ayllus y naciones que conquistaban. Lo que reestructuraban era la maquinaria política, nombrando *tutricuts* (o gobernadores imperiales), instalando guarniciones y estableciendo un poderoso cuerpo de administradores, y exigiendo plus trabajo para generar los excedentes que urgían los príncipes del Cusco para sostener al Estado, pero sin arrebatar lo que representaba el mínimo vital necesarios para la producción y reproducción de los campesinos aldeanos, sin cuya fuerza de trabajo el Estado Inca no hubiera podido agenciarse de las rentas que buscaba. Los príncipes demandaban, pues, energía, pero garantizaban la vida plena de sus súbditos. Funcionaban, por lo tanto, todo un sistema de dones, contradones, reciprocidades y redistribuciones, en lo cual, ciertamente, los nobles del Cusco se llevaban la mayor porción.

El análisis de las fuentes, por otro lado, constata que el sistema decimal durante los incas, fue aplicado en toda su amplitud esencialmente a la organización militar, pero en cuanto al sector civil no hay pruebas persuasivas de que así haya ocurrido. En el ejército sí se veían grupos de 05, 10, 25, 50, 100, 500, 1000 y 10 000 personas; pero en las organizaciones civiles solamente de 100, 1000 y 10 000,

y esto apenas en el Chinchaysuyu y sin cubrir jamás el ideal exacto, por lo que era común hallar *pachacas* y *huarangas* con menos o más de cien, o con menos o más de mil mitayos o tributarios, respectivamente (Barrientos, 1540).

Pero lo que a la historia económica y social también le interesa enormemente es saber por qué se combatía en la época de los incas, a quiénes beneficiaban las guerras, y quiénes eran los agresores y quiénes los agredidos. Pero también importa conocer con qué tipo de armas se luchaban, y quiénes las fabricaban y dónde las almacenaban; igualmente qué tácticas y estrategias llegaron a aplicar. Lo que advierte que este modelo de historia debe comprender dos partes: la interna (lo económico-social) y la externa (lo táctico, lo estratégico, la poliorcética). Ya se sabe que la guerra es prolongación de la política, sea como lucha de clases, o de naciones, o de Estados, precisamente desde que la sociedad se escindió en clases y aparecieron los Estados.

Desde esta perspectiva, el ejército inca cumplió tres funciones primordiales: 1) El ensanchamiento del territorio mediante conquistas incessantes; 2) la defensa de la soberanía imperial, mediante el rechazo a las incursiones e invasiones de pueblos y tribus fronterizas; y 3) el mantenimiento del orden establecido por los príncipes del Cusco. Dadas las circunstancias históricas del período 1438-1532, la guerra fue, consecuentemente, en esos tres frentes desde que surgió Pachacútec hasta

que cayó Atahualpa. Merced a ello el Estado Inca pudo mantener su supremacía durante noventa y cuatro años. Pero no hay que olvidar que otro factor que los impulsó a la beligerancia fue la vehemencia que sentían por la restauración del Estado Tiahuanaco, del cual los incas del Cusco se sentían herederos indiscutibles y directos.

La gran cantidad de voces concernientes a la vida y actividades castrenses registradas en los diccionarios quechuas y aymaras del siglo XVI y comienzos del XVII, denuncian tangiblemente el grado sumo de militarismo a que había llegado el imperio del Tahuantinsuyu, como corolario de las tres funciones fundamentales que cumplió, ya mencionadas. Con lo que quedaría demostrado que los incas hicieron de la guerra un medio para cristalizar sus objetivos políticos, como cualquier otro Estado imperial del mundo de ayer y de hoy. Los documentos históricos, las ruinas arqueológicas y los más viejos vocabularios quechuas y aymaras evidencian que siempre emplearon la fuerza para imponer sus programas de gobierno, unas veces por medio de la violencia y otras sólo mediante su presencia intimidatoria, sin llegar a la impetuosidad destructora de hombres y cosas.

En consecuencia, ellos plasmaron los objetivos y principios ideológicos de los príncipes cusqueños que manejaban las riendas del poder estatal. Así es como el ejército fue el factor determinante de su crecimiento, de su apogeo y de la *pax* u orden establecido por los señores del Cusco.

En estos aspectos cumplió brillantemente su rol mientras duró la preeminencia del Tahuantinsuyu. Aunque, de todas maneras, no llegaron a comportarse igual al arribo de los españoles, ante cuyo evento, ennegrecidos por las rivalidades internas, facilitaron la acometida extranjera. Por entonces los únicos que salieron en defensa del honor de la patria amenazada fueron los incas residentes en el Cusco y Quito.

Los príncipes del Cusco en particular y los *runas* del ámbito andino en general, manifiesta Cobo, tenían al "ejercicio de la milicia por el más grave y noble de todos" (1653: 253). Era, pues, un Estado imperial dirigido por un grupo de guerreros aristócratas, motivo por el cual el gobierno les aprovisionaba y abastecía de todo, absolutamente de todo, y no solamente a ellos sino también a sus familiares, mientras estuvieran en el servicio activo, cumpliendo sus mitas. Los incas reflexionaron que de otra manera hubiera sido impracticable convertirlos en buenos servidores de su imperio. Pero las distinciones y premios se acrecentaban para los guerreros que observaban una conducta valerosa e inteligente, cuyas acciones aumentaban el prestigio y poderío del Estado imperial de los incas. En tales compensaciones se involucraba, incluso, el obsequio de una o más esposas adicionales, según los méritos del guerrero. El célebre Chuptongo, por ejemplo, de conformidad a unos documentos de 1606, recibió cien esposas por decisión de Tupac Inca Yupanqui, cifra que no debe aturdirnos, porque Huayna

Cápac tuvo muchas más: quinientas mujeres.

Como ya queda expuesto, lo que los cronistas han dejado escrito y todo lo que los historiadores han publicado hasta ahora retratan a la nobleza y clase dirigente y gobernante del Cusco como a una auténtica aristocracia guerrera, cuyo dominio lo fundamentaban en dos pilares: 1) un ejército disciplinado y poderoso, y 2) la persistencia de la comunidad aldeana, autárquica y colectivista, donde el *ayne* o colaboración recíproca de sus miembros les permitía la satisfacción de sus necesidades vitales, sobre los cuales se impuso un Estado imperial comandado por príncipes que practicaban la redistribución de sus bienes entre sus servidores. El Estado velaba para que a nadie le faltara nada de lo vital, a cambio de que los *runas* le crearan rentas para sostener a las instituciones y asistentes del imperio.

La *pax* imperial incaica estuvo, por lo tanto, confiada a los guerreros y a la vida aldeana de sus ayllus o comunidades. En ellos descansó su poder, su organización política, su prosperidad, su seguridad. Por eso cuando estos guerreros decidieron ayudar a los españoles, toda la superestructura imperial se vino por los suelos.

Las fuentes documentales y lingüísticas, sin embargo, demuestran que no hubo un "código", por medio del cual hubieran podido adecuar las decisiones que los incas y otros caudillos debían aplicar durante las guerras y campañas. La historia de la expansión incaica testimonia que ellas

dependían de circunstancias diversas, y hasta del capricho y temperamento psicológico de cada jefe. Por eso es corriente hallar acontecimientos similares para los cuales se aplicaban soluciones distintas. Imperaba, pues, la casuística.

Pero eso sí, los guerreros incas demostraron a través de sus campañas ser tácticos y estrategas de alto vuelo. Así lo reconocen ahora varios especialistas, "aunque parezca insólito" como dice Víctor López Mendoza, autor de la segunda parte del volumen II de la *Historia general del ejército peruano*, que acaba de aparecer.

Actualmente los expertos en logística y poliorcética descubren que los guerreros del último imperio andino (1438-1532) desarrollaron y pusieron en práctica una estrategia y una táctica en verdad sorprendentes, lo que demuestra cuán avanzados estuvieron en los niveles de la guerra, fundamentalmente en el frente externo, gracias a lo cual los señores del Cusco efectivizaron sus resoluciones y deseos.

Una disposición sapiente, por ejemplo, fue estatuir que los soldados sólo maniobran en terrenos cuyas condiciones ecológicas no les hubieran sido ajenas. Esto es, los serranos únicamente debían actuar en la sierra y los costeños en la costa. Prudente medida para prevenir la derrota predispuesta por el *soroche* o mal de altura. Justo, por haber omitido este sabio ordenamiento de la antigüedad andina, las tropas bolivianas de la década de 1930 fueron derrotadas por las paraguayas en las

selvas del Chaco. No cabe duda que todos aquellos que olvidan las experiencias del pasado, corren el peligro de repetir los errores.

Es en la *crónica* de Miguel Cabello Balboa (1586) donde mejor se puede apreciar la estrategia y táctica guerrera de los incas. Y ello tiene su razón: 1) porque describe la última gran guerra interna, trabada entre huascaristas y atahualpistas, justamente en el lapso del descubrimiento e invasión del Perú por los españoles, de manera que éstos estuvieron en condiciones de recopilar amplios informes sobre aquélla; 2) porque Cabello vivió en el territorio de Quito, zona donde se llevaron a cabo la mayor parte de enfrentamientos bélicos entre ambos contendores, algunos de cuyos sobrevivientes tuvieron la oportunidad de referirlos detalladamente al acucioso cronista; y 3) porque por esa época el avance estretégico andino había llegado a su cenit, cuyo desarrollo y evolución arrancaba desde los más lejanos tiempos de Moche, Nasca y otras culturas clásicas, y que sólo entró en colapso a la llegada de los europeos.

Y efectivamente, de conformidad a los más recientes estudios, hasta los más famosos caminos y calzadas imperiales tuvieron más bien un objetivo militar, eminentemente: la rápida movilización de los guerreros para la debelación de movimientos subversivos, o para contener la avalancha de pueblos limítrofes que intranquilizaban profundamente a los príncipes del Cusco. Para esto los incas implantaron, inclusive, el sistema de los *mi-chis*: agentes pertenecientes a una or-

ganización de "inteligencia militar", con facultades hasta para penetrar en las moradas de los sospechosos para escuchar, observar y avisar cualquier actividad contra el orden establecido por la nobleza cusqueña. No obstante ello, los pronunciamientos para la liberación en los diversos reinos de la costa y sierra eran continuos; los Chachapoyas, por ejemplo, lo hicieron tres veces; e igual pasó con los Jatuncollas, los Cayambes, los Pumaucos, etc. Pero también hubo lugares donde la paz fue duradera.

El "servicio de inteligencia" llegó a un alto grado de sofisticación: sus miembros actuaban inclusive disfrazados para evadir su filiación. Cabello Balboa narra que en el norte recorrían las comunidades y aldeas vestidos de mercaderes y en otras ocasiones portando ropa de mendigos. Claro que no faltaron incidentes espectaculares de contraespionaje, como el caso que provocó la fuga de los guerreros chancas a la zona de Lamas. Hubo, además, poblaciones integradas por mitmas dedicadas expresamente al control y espionaje de las masas conquistadas e incorporadas al imperio que regían los príncipes del Cusco.

En lo que respecta a Sacsaihuamán también existe la incertidumbre sobre su funcionalidad. ¿Fue un templo solar como asegura Cieza de León, o fue una fortaleza militar como lo declara Garcilaso? Cieza de León afirma que eran los mismos *cuscorunas* quienes cuotidianamente le llamaban *templo*, y que fueron los españoles quienes lo rebautizaron ar-

bitrariamente como "fortaleza". Claro que Sacsaihuamán fue diseñado con criterio militar; pero por su ubicación y por lo que asevera Cieza, sobre su finalidad religiosa no podemos ya seguir desconfiando, no obstante de que a todos ahora se les ha dado por nombrarla "fortaleza", erróneamente desde luego. Los templos andinos eran levantados en sitios prominentes y se les rodeaba con obras de defensa y seguridad, por lo general con cercas o murallas que a veces eran varias y concéntricas, las que a su vez servían para marcar o determinar los espacios sagrados. No hay que olvidar que las antiguas civilizaciones del Perú, conformaban sociedades con una arraigada ideología mágica, donde la superstición, las creencias, los tabúes, los dioses, leyendas y mitos tenían para ellos un peso tremebundo. En aquellos tiempos todo permanecía guiado por la supraestructura ideológica de la magia, fiel reflejo de su *ciencia y tecnología*, propias de la época preindustrial.

Sacsaihuamán, por otra parte, como lo confirma el insigne quechuista Diego Gonzales Holguín (1608) quiere decir *águila real*, y no "*sáciate halcón*" como lo sostuvo Garcilaso de la Vega. Paramonga también fue un templo dedicado al dios Sol y un observatorio astronómico, y fortificado igualmente; no hay pruebas concluyentes de que haya sido "fortaleza".

Otra interrogación bastante inquietante es: ¿con qué finalidad construyeron ciudades fortificadas estilo Pisaj, Ollantaitambo y Machu-

picchu? ¿De quiénes prevenían resguardarse por ese lado? Lo normal hubiera sido protegerse por el oeste y el sur, o sea por los sitios por donde paraban los subversivos chancas y jantuncollas. Ahora, merced a ciertos escritos de mediados del siglo XVII, sabemos que dichas *llactas*, la célebre Machupicchu sobre todo, fueron ciudades de refugio, para acogerse en ellas en casos de emergencia. Y efectivamente cumplieron ese objetivo cuando se produjo la invasión española.

Sería conveniente e interesante conocer cómo se iniciaban y terminaban las hostilidades, en qué forma concertaban la paz. En fin, sería útil saber acerca de la conducta observada durante una contienda; e incluso sobre esa cuestión tan impresionante que es la *cacería de cabezas* con el objeto de poseerlas y conservarlas como los más codiciados trofeos de la victoria, práctica que en la costa y sierra peruana data desde los más primitivos tiempos del neolítico según lo evidencia la arqueología, inmodificable hasta la década de 1570 d. C., aunque en algunas tribus de nuestra cercana amazonía persiste hasta hoy.

Como se ve, el avance de las ciencias sociales ha probado que la historia antigua o prehispánica del Perú debe ser estudiada con los métodos y técnicas que emplea la antropología social, única manera, por hoy, para calar el trasfondo de las acciones y acontecimientos de las sociedades ágrafas. Es lo que ahora se ha dado en denominar *Etnohistoria*, que exige el manejo simultáneo de las fuentes

arqueológicas, lingüísticas, etnológicas y documentales. No seguir esta metodología significaría el estancamiento de los conocimientos históricos del Perú de los incas. Siguiendo este procedimiento, por ejemplo, sabemos hoy que la actitud de Pachacútec contra los chancas, en 1438 (\pm) fue una pugna para defender la libertad del Cusco y, a su vez, una guerra para conquistar otras naciones con la finalidad de constituir un imperio en forma vertiginosa, al estilo de Alejandro Magno.

En una historia crítica, asimismo, tiene que ventilarse científicamente el mito de los *pururaucas*, según el cual los incas fueron auxiliados por el dios Huiracocha, quien transformó a las piedras en guerreros y a las ramas en armas para destruir a los animosos chancas y signar la hegemonía del Cusco por permisión divina. Aquí, lo real es que en ese hermoso mito inventado por la nobleza dominante, se encubrió hábilmente la ayuda llegada en forma inesperada de las naciones vecinas y aliadas de los incas, sin la cual el Cusco habría caído en poder de los chancas, que de haber ocurrido ahora no estaríamos hablando del *Imperio de los Incas* sino del *Imperio de los Chancas*.

Otro punto que está por orelarse en la historia incaica es la muerte que Pachacútec ordenó dar a sus hermanos, los heroicos y estrategas Cápac Yupanqui y Huayna Yupanqui. ¿Fue el resultado de la rígida disciplina militar, por haber desobedecido al soberano, sobrepasando el límite de las conquistas? ¿O fue el temor de Pachacútec, de que guerreros tan

esclarecidos y populares, pudieran dar un golpe de Estado y destronarlo? Ambas hipótesis tienen sus defensores, pero aún no se arriba a una conclusión: ¿pena de muerte, o asesinato político? A pesar de todo, nos inclinamos por lo último.

El derribamiento del imperio del Tahuantinsuyu, por su parte, está en pleno proceso de revisión. Hemos aclarado que su caída no estuvo determinada única y exclusivamente por la superioridad de las armas y estrategia de los españoles; no. La historia americana enseña que, en otros lugares; pueblos menos avanzados que los incas, resistieron siglos, sin dejarse subyugar por los europeos, como ocurrió con los Chichimecas, gran parte de los Guaraníes, y sobre todo, con los Araucanos. Lo que sucedió en el Perú, en 1532-1536, fue que los curacas de las nacionalidades andinas, ante la presencia del conquistador ibérico, se plegaron a éstos para marchar juntos en pos de la destrucción del imperio de los Incas, por la sencilla razón de que el sentimiento de libertad no había sido ahogado en las aristocracias regionales. Pero como inexpertos políticos que eran, lo que hicieron fue solamente cambiar de señores, y no precisamente para mejorar.

Lo que sí debe quedar claro es que la resistencia antiespañola entre 1534-1572, fue afrontada única y exclusivamente por los miembros que componían las *panacas* o familias reales de los incas, residentes tanto en el Cusco como en Quito, más no por ninguna de las otras naciones, que,

hasta 1532, habían constituido el Tahuantinsuyu, porque éstas, por el contrario, secundaron a las huestes de Pizarro. Es comprensible, entonces, que la caída del imperio tuviera que consumarse en forma ineluctable. El rechazo antihispano quedó circunscrito al paraje de Vilcabamba, que representaba apenas el 0.50/o del territorio imperial. El 99.50/o, en cambio, colaboró desde un principio a favor de los castellanos y extremeños. Por eso la guerra de Vilcabamba más que una guerra de reconquista fue una guerra de resistencia contra un invasor que práctica y realmente había ocupado el país en forma terminante, para fundar ciudades, extraer minerales, implantar tasas tributarias y prestaciones de servicios; establecer haciendas, universidades, colegios y tribunales de justicia, y configurar una nueva demarcación política a base de corregimientos y fomentar cada vez más el arribo de inmigrantes españoles.

Todos estos hechos relacionados con la guerra y las armas, tanto de los ocurridos en el transcurso del incario como los acontecidos durante los aciegos años de la conquista y bizarra resistencia de los incas de Vilcabamba, han dado lugar a varios trabajos y publicaciones, la mayor parte en el Perú mismo. Entre ellos cabe mencionar: 1) Los "*Proyectiles primitivos de los peruanos*", de Manuel García Merino (Lima, 1894). 2) La "*Organización militar incaica*", de Manuel C. Bonilla (Lima, 1904). 3) "*Fortalezas incaicas: Incallacta, Machupicchu*", de Max Uhle (San-

tiago, 1917). 4) *“La honda”* (Lima, 1919); el *“Ejército incaico”* (Lima, 1919), *“La estólica o atlaltle”* (Lima/Washington, 1920); el *“Armamento incaico”* (Lima, 1921); *“Armas defensivas”* (Lima, 1921); y *“El ejército incaico. Su organización. Sus armas”* (Lima, 1921/1928), todos éstos de Horacio H. Urtega. 5) *“Les vêtements et les armes d’un guerrier yunka d’après le décor d’un lécythe de la région de Trujillo”*, de Raoul D’Harcourt (Roma, 1928). 6) La *“Historia crítica militar del Perú”*, de Julio D. Lazo (Lima, 1927). 7) *Paramonga*, de Louis Langlois (París, 1934). 8) *Un analysis of Inca militarism*, de Joseph Bram (Nueva York, 1941). 9) *Las armas de la conquista*, de Mario Alberto Salas (Buenos Aires, 1950). 10) La *“Interpretación geopolítica del imperio de los Incas”*, de Arturo Castilla Pizarro (Lima, 1957). 11) *“La agresión climática en las campañas militares del incanato y su preservación”*, de Carlos Monge (Lima, 1958). 12) *El indio peruano en las etapas de la conquista y frente a la república*, de Felipe de La Barra (Lima, 1948). 13) *“La ingeniería militar en el imperio de los Incas”*, de H.W. Schull (Lima, 1951). 14) Luego una serie de cuatro ponencias que fueron leídas y debatidas en el II Congreso Nacional de Historia del Perú, reunido en Lima del 04 al 09 de agosto de 1958, el mismo que fue convocado por el Centro de Estudio Histórico-Militares del Perú. Se trata de las siguientes: I) *“Comprobaciones del arte militar incaico y características principales”*, del ya citado Felipe de La Barra; II) *“Las*

primeras operaciones militares de Francisco Pizarro en el Perú. Comarca de Tumbes”, de George Petersen; III) *“Ensayo monográfico de la organización del ejército y armas empleadas por los soldados del Tahuantinsuyu y por los conquistadores españoles”*, de César Quiroga Ibarola; y IV) *“Las defensas militares precolombinas de los ríos Chancay y Chillón”*, de Pedro Villar Córdova. 15) *“La fortaleza de montaña de Quitoloma”*, de Udo Oberem (Quito, 1969). 16) Y por último, los libros de Fernando Plaza Schuller titulados: I) *La incursión inca en el septentrión andino ecuatoriano*, y II) *El complejo de fortalezas de Pambamarca. Contribución al estudio de la arquitectura militar prehispánica en la sierra norte del Ecuador*, que aparecieron en 1976 y 1977 respectivamente.

Justo a los veintidós años del II Congreso Nacional de Historia del Perú, Edmundo Guilleñ y Víctor López Mendoza dan a luz el volumen *Historia general del ejército peruano. Tomo II* (Imprenta del Ministerio de Guerra, Lima, 1980), que juzgamos la obra más extensa que se haya elaborado hasta hoy sobre la historia militar de los incas. Ambos autores, los dos peruanos, amplían estimablemente a los anteriores. El primero (*“El imperio del Tawantinsuyu”*) expone el proceso diacrónico en lo que toca a la formación y consolidación del imperio de los incas; mientras el segundo (*“El ejército inca, interpretación contemporánea”*), el rol que en ello le cupo a la estrategia, a la logística y a la poliorcética. El de López Mendoza, es el primer ensayo

que se escribe en nuestro país con el propósito de descubrir el lugar que cupo al ejército en la vida económica, social y política del Estado imperial del Tahuantinsuyu, en el desarrollo y seguridad del Estado, más las características de su estrategia y táctica, todo ello con orden y cuidado. Guillén y López han logrado, por consiguiente, un compendio interesante, pero sujeto, inevitablemente, a controversias, sobre el papel que desempeñó el ejército en la política andina en los siglos XV y XVI.

La idea que se extrae, después de concluir la lectura de ambos autores, es que aquel enorme organismo político llamado Tahuantinsuyu fue forjado y organizado sobre la base del ejército, el que empleó todos los medios a su alcance para moldear los objetivos de los príncipes y señores u *orejones* del Cusco.

Hay que anotar, sin embargo, de que ninguno de estos dos modernos autores, han sabido aprovechar la muy apreciable bibliografía anteriormente mencionada, salvo algunos aportes de Joseph Bram. Lo que quiere decir que dejan un porcentaje elevadísimo de aspectos y temas por investigar, analizar e interpretar. Pese, pues, a ser la más voluminosa hasta hoy, constituye en realidad una obra incompleta. La historia de los incas, en cualquiera de sus partes, sigue aguardando a sus analistas.